

EL CAPITALISMO DEBE SER DERRIBADO SIN PIEDAD

Esta pandemia es un verdadero evento con mayúscula, un evento histórico. Habrá un antes y un después, en todo el mundo. No tanto en relación con el número de muertes, que aunque relevante sigue siendo muy inferior al de la fiebre "española" - que después de la Primera Guerra Mundial causó entre 50 y 100 millones de muertes -, a la gripe asiática de 1957/1958 con 2 millones, a la gripe de Hong-Kong de 1968/1969 con 1 millón, al Sida con más de 32 millones de muertes desde 1981, de las que hoy por suerte estamos lejos.

Lo que da un significado histórico a este acontecimiento es que la máquina capitalista de generar ganancia **se ha detenido internacionalmente casi por completo**, debido a esta cosa que ni siquiera es un animal, **un virus**, que apenas puede ser llamado un ser vivo y que paraliza todo el sistema y amenaza la salud de las personas. Por lo tanto, es necesario proteger la vida, hay que proteger a los enfermos, hay que curarlos, y también hay que proteger la fuerza de trabajo de la economía capitalista. Y esta crisis tan profunda se produce en un contexto particular, en un momento en que el capitalismo entraba en una nueva recesión después de la de 2008.

La recesión había comenzado y esta pandemia la amplifica alocadamente. Un *primer punto* importante es que esta situación está cambiando el enfoque de los medios y la política. En tiempos normales, ¿qué se nos dice? Nos hablan del crecimiento del PIB, de la balanza de pagos, de la inflación, de los tipos de cambio, de los tipos de interés, etc., y en definitiva de todos esos indicadores abstractos de la acumulación de la ganancia capitalista, de la acumulación de valores abstractos. Mientras que hoy en día, durante la pandemia, el enfoque es completamente diferente: la atención política y de los medios de comunicación se centra enteramente *en el trabajo de las enfermeras y los enfermeros*, en su exceso de trabajo, en los enfermos que mueren y los que se curan, en el trabajo de los barrenderos o del personal de los supermercados, de las vidas de las personas confinadas, de las no confinadas, etc. En Francia, Macron quiere otorgar ¡una medallita al sector de la sanidad!

En tiempos normales nos hablan de abstracciones sin vida, mientras que ahora, durante esta pandemia, nos hablan de la vida y la muerte, es decir, de lo que está vivo. Tenemos aquí un cambio muy importante en el clima ideológico general al que volveremos más adelante. El *segundo punto* es que esta epidemia no es una regresión a las epidemias de la antigüedad, no es un retorno a la Peste Negra de la Edad Media, es algo totalmente distinto.

Desde hace algunos decenios se han multiplicado determinados tipos de virus. Primero apareció el SIDA, luego el Zika, más tarde la fiebre porcina, la gripe aviar, el chikungunya, el SARS-1 en 2002 y finalmente el SARS-CoV-2. **Todos estos virus tienen en común que nacen en entornos naturales desestabilizados o explotados**, o en la agricultura intensiva. Se trata de

las llamadas "zoonosis", es decir, *la superación de la barrera entre las especies de un virus que vive en los animales e infecta al homo sapiens*. Por lo tanto, el origen de estas pandemias es completamente nuevo y específico en comparación con las del pasado.

El virus en sí mismo es un producto de las contradicciones del capitalismo.

Estas epidemias se convierten velozmente en pandemias gracias a los modernos medios de comunicación, en particular a través del transporte aéreo, y se expanden aún más rápidamente que las epidemias del pasado, sobre todo porque la población se concentra en grandes ciudades, en megalópolis, como **Wuhan**, que cuenta con once millones de habitantes.

Estos dos factores, el origen particular del virus y su propagación, nos indican que no se trata de virus arcaicos, no se trata de epidemias arcaicas, sino, para utilizar las palabras de Bruno Latour, de epidemias modernas, epidemias antropocéntricas.

En tercer lugar, no es sólo una crisis sanitaria. Tenemos por cierto una grave y profunda crisis sanitaria, pero es parte de una crisis ecológica y social más amplia. En realidad, la crisis del Covid-19 es la primera crisis global - social, ecológica y económica - del Antropoceno.

Algunos científicos, que a principios de la década de 2000 comenzaron a estudiar la llamada gran aceleración y el cambio global, han identificado los parámetros que inciden en la sostenibilidad de la existencia humana en esta tierra: 1) el cambio climático; 2) la disminución de la biodiversidad; 3) los recursos de agua dulce; 4) la contaminación química; 5) la contaminación atmosférica por partículas finas; 6) la situación de la capa de ozono; 7) la situación de los ciclos del nitrógeno y de la biosfera; 8) la acidificación de los océanos; 9) la ocupación de la tierra. En conclusión de su informe, entregado en 2015, estos científicos estimaron que el umbral de sostenibilidad se había superado en cuatro de estos parámetros: el clima, la biodiversidad, el nitrógeno y los suelos.

Utilizando un *lenguaje bíblico*, podríamos decir que estos cuatro parámetros son los cuatro jinetes del Apocalipsis Antropocéntrico, y que la pandemia que estamos viviendo está enviando un mensaje: nos está diciendo que se ha añadido un quinto a este cuarteto de jinetes, que a la fecha es el riesgo de epidemia.

En cuarto lugar, este riesgo de epidemia no cae del cielo, es una amenaza conocida, porque hoy en día tenemos la suerte de beneficiarnos con un progreso científico completamente extraordinario con magníficas capacidades de previsión. Los científicos nos han advertido de los riesgos, no sólo de una epidemia cualquiera, *sino más precisamente de una epidemia de este tipo*.

Tras la epidemia de **SRAS** en 2002, que ya era **un coronavirus**, varios científicos llegaron a conclusiones que se encuentran en algunos informes oficiales, en particular en dos informes a la Asamblea Nacional de Francia de 2005 y 2009, en los que se destacaba la posibilidad de la reaparición de una pandemia como la del SRAS, causada por una zoonosis. Incluso la propia

Organización Mundial de la Salud, no más tarde de **2018**, había elaborado una lista de amenazas para la salud que pesaban sobre el planeta con una serie de patógenos conocidos, en la que había incluido una enfermedad X.

De hecho, la OMS consideró como probable la aparición de un patógeno desconocido que podía causar una epidemia con consecuencias muy graves, una perturbación total de la sociedad a escala mundial. Y la OMS consideró probable que este patógeno fuera de nuevo un coronavirus.

Por lo tanto, nos encontramos en un escenario conocido, como también lo es el cambio climático, para el cual los científicos han estado dando la alarma durante cincuenta años diciendo que si continuamos emitiendo gases de efecto invernadero en la atmósfera, desestabilizaremos completamente el sistema climático con posibles consecuencias desastrosas. Aquí también *los gobiernos no se lo toman en serio*: como sabemos, las emisiones de CO2 siguen aumentando, excepto ahora, durante la pandemia, cuando se redujeron significativamente. El ápice del absurdo o la ceguera de los políticos es que, en lo que respecta a la pandemia, en 2003 algunos investigadores belgas y franceses llegaron a la conclusión de que el coronavirus representa una categoría de virus muy estable y que, por lo tanto, sería bastante fácil encontrar una cura válida, no sólo para el SARS-1, sino también para otros coronavirus que aparecieran en el futuro. Según sus cálculos, esta investigación habría costado entre *200 y 300 millones de euros*. Evidentemente, hubo una falta de financiación pública que no obtuvieron, ya que los gobiernos creen que la investigación sobre los medicamentos incumbe a la industria farmacéutica, mientras que la industria farmacéutica no investiga por el bien de la humanidad o la salud pública, sino **para obtener ganancias**. Por lo tanto, esta industria necesita un mercado y clientes solventes. Pero la epidemia de SARS había pasado y ya no había mercado, no había clientes, así que no hizo ninguna investigación al respecto. Esto ilustra perfectamente la actitud de los políticos y administradores financieros ante las principales amenazas ecológicas, de las que la pandemia forma ahora parte, a saber, esta incapacidad de tomar nota de lo que se conoce y de las advertencias que se les dan.

Esta *sordera*, o *ceguera*, está determinada en primer lugar por el hecho de que los políticos están tan subordinados a los dictados de los imperativos capitalistas de ganancias a corto plazo que son incapaces de tener una visión de conjunto. En segundo lugar, hay una razón más ideológica: ellos también están intoxicados por la *ideología capitalista*, por la ideología neoliberal, y creen que las *leyes del mercado son más fuertes que las leyes de la biología* con respecto al virus y de la física con respecto al cambio climático. Creen que las leyes de su sistema económico son leyes naturales superiores y que en caso de problemas el mercado lo arreglará todo.

Pero ahora tenemos más pruebas que nunca de que el mercado *no lo regula todo*: si se ordenan máscaras de China para proteger a nuestros médicos, pero ahora China está atascada a causa de la pandemia, entonces no hay más máscaras y no se puede proteger ni a los médicos ni a la población.

El *quinto punto* se refiere a la gestión de la pandemia. Hoy en día, todos los políticos se ven obligados a tomar medidas ante esta situación, incluso aquellos que no lo creían necesario, como Trump, Boris Johnson y Rutte (Primer Ministro de los Países Bajos), quienes querían dejar el virus libre de propagarse y lograr la inmunidad colectiva. Ellos también se vieron obligados a retroceder, y rápidamente. En efecto, no hacer nada, como predicaban en un principio, no sólo le costaría más al sistema capitalista, sino que les costaría mucho en términos de popularidad electoral, lo que para Trump, por ejemplo, no debe ser subestimado, al contrario. Así que a todos se nos dice lo mismo: que es un asunto de bien común, y que todos debemos estar junto a nuestros políticos que están comprometidos con la lucha contra el virus.

Es obvio que hay que respetar las normas de seguridad, como el aislamiento y el distanciamiento físico, más que el social. No hacerlo sería irresponsable, pero cumplir con las normas de seguridad no significa que debamos someternos a la lógica política que hay detrás de estas normas. ¡Una lógica de clase, verdaderamente capitalista!

La primera prioridad de esta lógica es minimizar el impacto de la pandemia en el *sector productivo*, allí donde se obtiene la ganancia, el corazón de la economía capitalista. Por eso siguen trabajando incluso los que no pertenecen a los sectores productivos esenciales.

La segunda prioridad de esta gestión de la pandemia es evitar que se cuestione *la política antisocial y los planes de austeridad* que se han llevado a cabo hasta ahora, especialmente en el sector de la salud, y ello explica la sobrecarga de trabajo de todo el personal de estos sectores. Obviamente, la condición para que la ecuación pueda equilibrarse es el bloqueo de todas las actividades sociales, culturales o personales que no entran en estas categorías : por ello el confinamiento y la cuarentena.

A estas consideraciones hay que añadir una preocupación política, sabiendo que todos los gobiernos, o la mayoría de ellos, se enfrentan a una terrible crisis de legitimidad. La gente ya no cree en todo lo dicen o hacen, y exige un cambio. Para los políticos, la pandemia es una oportunidad para comportarse como líderes militares (algo que Macron está haciendo en la televisión) y para establecer poderes autoritarios con el pretexto de luchar contra la epidemia. Estamos en la lógica descrita por Michael Foucault: la biopolítica asociada a "*la vigilancia y el castigo*".

Esta es una advertencia seria, porque la pandemia es grave, pero no es nada comparada con el impacto del cambio climático en caso de una transición a un cataclismo climático, con un aumento del nivel de los océanos de 2 o 3 metros. Pero la gestión de la pandemia nos da una imagen de lo que sería *la gestión capitalista de una situación así*, una situación que obviamente los políticos no habrían previsto y a la que se verían obligados a enfrentarse. Sus prioridades serían entonces las mismas: *dar prioridad a la producción*, olvidar las libertades, la vida social, la vida cultural, y atribuirse poderes especiales en nombre de la lucha contra la calamidad, creando **un Estado totalitario**. ¡La dictadura democrática!

Sexto punto : el objetivo estratégico de la gestión sanitaria es claramente relanzar la máquina capitalista, ahora completamente paralizada debido a la pandemia. Esto dará lugar a una crisis económica de gran alcance, más grave que la de 2007-2008. Para hacer frente a la situación actual, los gobiernos deben ceder en sus políticas neoliberales: la UE ha congelado el pacto presupuestario (que reclama no superar un déficit anual superior al 3% del PIB) y sus objetivos de deuda y déficit cero. Incluso se ven obligados a cuestionar no sólo ciertos dogmas neoliberales, sino también una serie de reglas capitalistas, como la sacrosanta libertad de empresa para las compañías. Hacen alusión a nacionalizaciones y requisiciones: en otras palabras, hay que salvar el capitalismo que está en peligro por el capital mismo. Esto no significa que ya haya una ruptura con el neoliberalismo, y mucho menos con el capitalismo, pero sí indica que se está preparando una ofensiva social de gran envergadura a la que las clases trabajadoras deben prepararse a enfrentar. ¡En la India ya está previsto que la clase trabajadora trabaje entre 70 y 100 horas por semana!

Las consecuencias ecológicas de la recuperación de la economía capitalista serán muy peligrosas. La crisis del Coronavirus llevará a una catástrofe climática. Porque se nos dirá, con el pretexto del empleo, que hay que dar prioridad a la economía y a la recuperación económica. Por lo tanto, para relanzar la economía tendremos que reducir nuestros objetivos climáticos, flexibilizar ciertas regulaciones ambientales que se consideran demasiado estrictas, etc. El peligro no proviene del coronavirus, sino de *la respuesta capitalista a esta crisis del coronavirus*, y es aún mayor porque esta crisis sirve como pretexto o cortina de humo para responder a una crisis económica que ya existía incluso antes de la pandemia.

Hay que prepararse para un ataque muy duro, durísimo, porque querrán poner en la balanza, como suele ocurrir en el capitalismo, el empleo y la protección del medio ambiente. Sin embargo, hay una contradicción muy importante en esta voluntad ofensiva: el deseo de relanzar la economía y dar prioridad *al capital y a sus ganancias* choca con la percepción de la población de que se ha ido demasiado lejos con la economía y las ganancias, olvidándose de lo social, de la salud, de la atención a las personas. Esta contradicción es un gran obstáculo para la ofensiva capitalista que los gobiernos quieren lanzar. Y hoy en día, a la luz de la pandemia, el cuidado de la salud adquiere un significado muy concreto. Se trata de evitar otras pandemias que podrían ser más graves y que también tengan su origen en la destrucción de los ecosistemas.

La conclusión es evidente: si queremos evitar otras pandemias tenemos que abolir *la agroindustria, la ganadería intensiva, detener la deforestación, desarrollar una reforma urbana a largo plazo que deconstruya todas las megalópolis y construya ciudades más interconectadas con los entornos naturales o seminaturales*. ¡Y para ello habrá que destruir el régimen capitalista!

Cuarenta y seis países destinan más recursos a los intereses de las deudas que a la atención de la salud. La cancelación de la deuda es una condición *sine qua non* para la lucha contra las pandemias. Y está el cambio climático mismo. Se sabe que la disolución del permafrost libera virus o bacterias antiguas, que se propagarán a través de los trabajadores de las minas de las regiones afectadas. En resumen, debemos centrarnos en el concepto de "cuidarse" para

desbaratar todos los objetivos capitalistas. Es necesario reformular la alternativa "eco-social" a partir de este concepto, de este importante cambio, es decir, que la gente aprenda de la crisis que hay que dar mucha más prioridad a la salud, al bienestar y a la atención sanitaria, y que para ello es necesario utilizar todos los medios disponibles. Esto representa un importante punto de inflexión estratégico, ya que los comunistas se han enfrentado durante años al mismo problema: la lucha ecológica y social, a largo plazo, parece estar en contradicción con el bienestar social a corto plazo. Ahora bien, con este gran cambio, con el advenimiento del "preocuparse por la salud", los dos problemas se superponen, lo social y lo ecológico coinciden. **Llevar adelante la lucha social contra la lógica capitalista también tiene un significado ecológico.**

Para los que sufren las crisis, es decir, la mayoría de la población, las noticias sobre los diversos decretos de emergencia caóticos se mezclan con las noticias sobre los créditos anunciados por el Banco Central Europeo. Aquí también estamos hablando de **ríos de miles de millones**. Se habla de proteger la salud de los ciudadanos, de ayudar a las empresas, de ayudar a los trabajadores. Las motivaciones oficiales de todas las medidas se confunden a medida que toman cuerpo las divisiones, los contrastes entre los Estados, las artimañas de los grandes grupos financieros e industriales, las grandes y pequeñas maniobras especulativas. "*Ningún gobierno de la república había tenido nunca tanto dinero para gastarlo todo junto*", se lee sobre Italia en *La Stampa* del 14 de mayo.

Pero ya sea en Italia, Europa o los Estados Unidos, uno se pregunta *dónde todo este dinero estaba escondido hasta hace unos meses*. **No había más dinero para las jubilaciones, para la salud, para la escuela...** ¡¡¡Sólo para los gastos militares!!! **En todo caso, había y hay, ¡y cómo!** Y, al menos en lo que respecta a los trabajadores y a la parte más pobre de la población, es un poco difícil creer que una clase dirigente que ya antes de la pandemia no pudo encontrar una salida a la crisis económica, y que dejó que los hospitales y las residencias de ancianos se convirtieran en focos de infección con miles de muertes, esté ahora en condiciones de garantizar una recuperación de la que todos deberían beneficiarse.

Es bueno que **los trabajadores tengan esto en cuenta**. Porque si bien es cierto que cada crisis es una historia en sí misma, el pasado nos enseña que las grandes crisis tienen al menos **tres consecuencias seguras**. Por un lado, una concentración de empresas en grupos más poderosos que en el pasado y, por otro, un aumento del desempleo. Alrededor de estos dos fenómenos principales hay toda una serie de consecuencias sociales : **a) una polarización de la riqueza en manos de un sector más pequeño de la gran burguesía, b) un aumento de la pobreza en sectores más amplios de la población, y c) una mayor agravación de las condiciones de trabajo**, favorecida por la propaganda sobre la necesidad de hacer sacrificios para la recuperación, el relanzamiento de la economía o como quiera que se la llame, tal como se ve por ejemplo en Italia, donde todos gritan "¡reanudemos la producción!"

En el clima dulzón instaurado por el gobierno, con **el patriotismo barato** (¡Viva Italia, Todo andrà bien!) que ha pasado directamente de los discursos de los ministros a la publicidad de las marcas más famosas, por no hablar de las insignias tricolores insertadas como anexos en los

grandes periódicos o vendidas por unos pocos euros en los supermercados, tratan de transmitir la idea de un interés común por "salvar a las empresas". **¿ESTAMOS EN EL MISMO BARCO? ¡¡¡NO!!!**

Pero salvar empresas no significa salvar empleos. Una empresa sigue siendo una empresa aunque de cien empleados se pase a cincuenta. **En los próximos días se hará cada vez más evidente que los intereses de los trabajadores no son los de sus empleadores.**

Por conveniencia electoral, para no alimentar el malestar social, para no deprimir completamente el mercado interno, el gobierno italiano ha decretado por razones económicas una serie de medidas para bloquear los despidos, probablemente hasta fines de julio. Otro ejemplo de la política "social" del gobierno es la regularización temporal de una serie de trabajadores inmigrantes ilegales. Todas estas son formas de **solidaridad barata en las que no se puede confiar.**

El proletariado tendrá que luchar colectivamente para que la prohibición de los despidos se extienda y se amplíe hasta que el desempleo deje de ser la amenaza más dramática para las familias de los trabajadores; para que los trabajadores inmigrantes sean liberados del chantaje y la intimidación de los empleadores y para que puedan trabajar con plenos derechos contractuales y sin fecha de vencimiento de sus permisos de trabajo; para que las medidas de protección contra la pandemia promovidas por las autoridades sanitarias sean respetadas y para que sean un requisito previo al ejercicio de la actividad de las empresas; para que los costos de los cierres de empresas no recaigan sobre los trabajadores, y para que los fondos de despido no estén limitados en el tiempo; para que las diversas formas de subsidios a los desempleados no tengan fecha de vencimiento.

Más que nunca, esta sociedad demuestra su verdadera fisonomía: ¡O nos proponemos eliminarla o sufriremos su sistema hasta sus últimas consecuencias!

SU MUERTE... NUESTRA VIDA

Luc Thibault, Schio (Italia), 20-5-2020

(El original de este artículo está en italiano)